

El perro

El cielo y la ruta parecen del mismo color. El horizonte divide el suelo y el cielo y repite mal la escena inferior en la superficie superior. Arriba, las nubes han hecho desaparecer el azul y cubren todo como una alfombra gris, que aquí y allá se afina para dejar pasar una luz suave y presagiente. En la otra cara de este espejo mentiroso, avanza el auto rumbo a la línea horizontal del final del paisaje. En las banquetas los yuyos crecen y cortan el aire con sus brazos espinosos. El velocímetro se ha clavado en ciento veinte y el motor regula su mantra de cilindros y combustible. El día se muere en mi parabrisas astillado a pedradas.

Cien metros adelante, veo un perro. Es una mezcla de razas que resulta en esos animales de mirada eternamente triste y desvalida, que refleja soledad y despierta pena por la falta de cariño. Tiene el pelo negro y marrón claro y el hocico largo que delata un antepasado collie. Camina en la banquina contraria en el mismo sentido en que viajo. De pronto mira hacia mí y comienza a cruzar. Toco la bocina en un acto reflejo y el perro me mira y sigue avanzando. Repito el proceso, haciendo sonar tres veces seguidas el grito monocorde de mi auto y el animal vuelve a mirarme desde sus ojos apagados, mientras avanza hacia la mitad de la ruta. El golpe es casi inevitable a esta altura. Podría no suceder solo si ambos decidiéramos colaborar. Pero él se acuesta en el asfalto.

Toco los frenos y el coche derrapa hacia mi derecha. Entonces intento acomodar el volante para que el perro pase entre las ruedas. Lo logro hacer con el tren delantero. El auto no acusa ningún golpe ni parece haber tocado nada. Sin embargo, la rueda trasera derecha pisa algo, no muy grueso, no muy blando, y lo quiebra. El espejo retrovisor me muestra el cuerpo del can girando y un camino de sangre dibujándose, como si en vez de una cabeza hubiera una gran tiza roja frotando el asfalto. Y luego,

el sangriento sello repetido de las huellas de mis neumáticos, cada vez más difuso a medida que me alejo.

Decido volver a ver qué le pasó, más por curiosidad que por solidaridad. Quiero ver como asesino. Luego de girar y desandar el camino hasta el accidente, estaciono en la banquina, bajo y busco el cadáver. Sin embargo, el perro está ahí mirándome. La rueda destrozó el hocico, arrancándoselo de la cara, pero no obstante la lengua del animal está ahí, colgando de su nuevo rostro, monstruoso, diabólico. Los ojos no pestañean cuando quiere gritar - de dolor, supongo - y solo logra un nuevo espantoso quejido que debe ser la canción de cuna de un demonio. Yo estoy petrificado, no puedo ni sentir. Entonces, con ese andar cansino de antes del impacto, se dirige hacia mí. Lo dejo acercarse, atado de pies y alma por el miedo. En lo que parece un gesto de cariño, el perro me lame la pierna con su lengua, carente de cavidad bucal que la contenga. Y aunque pensé que el horror era máximo, descubro que mi ropa y mi piel ceden ante el lengüetazo. Mis pantalones y mi carne se abren, como si un chorro de ácido se hubiera derramado en ellos. Ante el dolor insoportable, caigo al piso gritando incrédulo y queriendo mitigar el espanto tomando con mis manos el pie, que se ha separado del cuerpo, carcomido por la baba y la sangre. El perro me mira sin odio. La lengua cuelga dejando caer de vez en cuando una masa gelatinosa y rojiza que al tocar el piso hecha humo y renueva un hedor acre que inunda mi olfato. Es ese olor el que me hace tener arcadas y vomitar un poco sobre el asfalto y otro poco sobre mí. El perro mira el vómito, mueve la cola y lo lame. Sin embargo, no puede llevarlo a su garganta por falta de paladar. Entonces, buscando más, supongo, lame mi cara.

Definitivamente el dolor se multiplica por quinientos. Me intento parar, pero la pierna está perdida, así que doy un pequeño salto hacia atrás y caigo de nuca sobre el asfalto. Los pómulos han desaparecido y veo, en el reflejo deforme del guardabarros, cómo la cara se pierde y deja lugar a mi cráneo.